

De los libros de textos a la hipermedialidad: un cambio en los hábitos de estudio que aún genera controversias

RUDI, Juan M.;^{1,2} GATTI, Paula I.;^{1,2} REY, María C.;^{1,2} LARPIN, Daniel A. C.^{1,2}

¹ Departamento de Química Orgánica. Facultad de Bioquímica y Ciencias Biológicas. Universidad Nacional del Litoral.

² Grupo de Investigación en Diseño de Materiales para la Enseñanza de las Ciencias Experimentales. Universidad Nacional del Litoral.

Correspondencia: jmrudi@fbc.unl.edu.ar

Resumen

El siguiente artículo contiene reflexiones sobre las nuevas metodologías para la elaboración de materiales educativos.

Palabras clave

materiales educativos, hipermedialidad, hábitos de estudio

“Los estudiantes de hoy en día no son como los de antes”, “¿Te acordás de fulano o de mengano? Esos sí que eran buenos estudiantes. Se la pasaban estudiando en la biblioteca”, “Nosotros estábamos todo el día sentados en una silla, estudiando y haciendo resúmenes. Ahora no te tocan un libro, estudian de las diapositivas y están todo el día con el celular”... Éstas y otras frases similares resuenan desde hace algunos años en los pasillos de la Facultad, y esto nos obliga a pensar sobre las causas y las consecuencias de esta nueva realidad. ¿Se trata de una mayor heterogeneidad en el alumnado actual o realmente estamos en presencia de un nuevo escenario educativo, con nuevas metodologías de aprendizaje y que necesariamente requiere de un replanteo de las estrategias de enseñanza que aun hoy sobreviven en el ámbito universitario? Creemos que la balanza se inclina hacia la segunda opción.

Cita sugerida

Rudi, J. M.; Gatti, P. I. & otros (2023). De los libros de textos a la hipermedialidad: un cambio en los hábitos de estudio que aún genera controversias. *Aula Universitaria* n°24. e0039, pp. 36–38. DOI: <https://doi.org/10.14409/au.2023.24.e0039>

Licencia

Publicación de acceso abierto bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



Históricamente, las aulas universitarias han sido testigos del desarrollo de clases magistrales, en donde el profesorado exponía sus conocimientos delante de un grupo de estudiantes que intentaba incorporar dichos conceptos, y que finalmente era evaluado en una instancia de examen. Nosotros, como estudiantes de esta Facultad, hemos sido testigos de estas prácticas educativas que, más allá de una calificación numérica final que determinaba la aptitud para seguir avanzando en el cursado de las asignaturas de las carreras de grado, bien sabemos que no eran (ni siguen siendo) garantía de un aprendizaje significativo de los contenidos disciplinares.

Afortunadamente, las formas de enseñar y de aprender han evolucionado en el transcurso de estas últimas décadas y, aunque todavía persisten algunas de las prácticas educativas tradicionales, los procesos actuales son sensiblemente diferentes a aquellos que ocurrían en el pasado, ya sea por los cambios observados en la naturaleza del estudiantado y del profesorado, o por los recursos disponibles que pueden utilizarse para el abordaje de los contenidos. Sin dudas, la pandemia de COVID-19 fue un factor determinante que aceleró la expansión de estos procesos de cambio.

Para todos nosotros, que hace varias décadas abandonamos nuestra condición de estudiantes de grado, la biblioteca del tercer piso fue siempre un lugar de encuentro. Hacíamos largas filas para conseguir uno de los pocos ejemplares del libro de texto que te permitía comprender los contenidos de una materia, nos prestábamos dichos libros, fotocopiábamos algunos de sus capítulos para subrayar las ideas principales o para armar resúmenes que luego eran compartidos por el grupo de estudio, y ¡cuidado con olvidarse de devolver los ejemplares en el tiempo establecido! Ahora bien, ¿podemos afirmar que esa era la metodología de estudio óptima para el aprendizaje de los contenidos? El contacto directo con el libro impreso, ¿garantizaba una mejor comprensión de las reactividades de los compuestos orgánicos o de las leyes de Newton? No hay dudas de que era muy útil en aquel entonces, pero aun no habíamos sido testigos de la evolución de la tecnología educativa y de su impacto en el ámbito académico.

La incorporación de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) como herramientas educativas han producido cambios importantes en las metodologías de enseñanza, y numerosas investigaciones han demostrado cómo las mismas facilitan los procesos de enseñanza y de aprendizaje. Muchos materiales didácticos actuales se producen a partir de otros textos preexistentes y se caracterizan por ser *hipermediales*, utilizando diferentes tipos de lenguajes para la transmisión no lineal de la información, es decir, están diseñados para ser recorridos de manera flexible, permitiendo tomar decisiones a la persona usuaria sobre cómo abordar los contenidos, siempre dentro de una lógica de lectura apropiada. El empleo de audios, imágenes, videos o el uso de hipervínculos hacia otros conceptos son algunos ejemplos de cómo comunicar los contenidos de manera alternativa, y muchas veces estos recursos adquieren un significado diferente al original cuando se encuentran inmersos en un material educativo. El diseño adecuado de los espacios virtuales de aprendizaje, ya sea como complemento de la educación presencial o como único medio de comunicación entre el profesorado y el alumnado; el uso de simuladores para la enseñanza de diferentes fenómenos fisicoquímicos o biológicos; o el uso de aplicaciones educativas en los teléfonos celulares, y que estimulan el aprendizaje móvil, son otros ejemplos de recursos educativos que intentan

“narrar los contenidos disciplinares de manera diferente”, distanciándose notablemente de los libros de texto tradicionales que muchas veces se añoran. Y no podemos dejar de mencionar a la inteligencia artificial, quizás la “amenaza” más actual que tenemos que enfrentar los y las docentes, que seguramente en algunos años se convertirá en una aliada muy útil si somos capaces y nos animamos a realizar un uso adecuado de ella.

La mayoría de los y las estudiantes que actualmente acceden a la Educación Superior ha nacido en este nuevo milenio, y la utilización de sus dispositivos electrónicos portátiles para el acceso a diferentes contenidos digitales es parte de su vida cotidiana. Entonces, ¿por qué no animarnos a cambiar paradigmas y aprovechar los recursos disponibles, muchos de ellos de manera gratuita, para elaborar nuevos materiales educativos que sean más empáticos con las generaciones actuales y que estén permanentemente bajo revisión para garantizar la calidad de sus contenidos? Resulta necesario revisar nuestras planificaciones y prácticas educativas vigentes para estimular una innovación en el nivel educativo superior. Como docentes debemos ser capaces de adaptar a los tiempos actuales las propuestas de enseñanza que aplicaron con nosotros, y diseñar materiales y contenidos innovadores que capten la curiosidad del estudiantado universitario, los estimule a seguir aprendiendo y favorezcan un aprendizaje más autónomo. Pero no debemos olvidar la reflexión de Miguel Ángel Zabalza en su artículo *Innovación en la enseñanza universitaria* del año 2004, quien dijo que “innovar no es solo hacer cosas distintas, sino hacer cosas mejores”. Creemos que una innovación educativa puede considerarse como exitosa siempre y cuando se produzca la interacción positiva de tres factores: una idea que pretenda mejorar la enseñanza y el aprendizaje de un determinado concepto, personas dispuestas a ejecutar de manera práctica dicha idea y que se encuentren correctamente capacitadas gracias a programas adecuados de formación docente, y condiciones institucionales apropiadas que faciliten y apoyen el desarrollo de la misma. No es fácil y lleva tiempo, pero no es imposible. Es cuestión de aminorarse y dar el primer paso.